

El feliz guerrero de "comic" que defiende los derechos humanos en el mundo, el Presidente Carter de los Estados Unidos de América, ha reunido en torno suyo, en Washington, en una ceremonia de pompa y esplendor, a los que probablemente son los más conspicuos y sistemáticos violadores de estos derechos en el mundo de hoy —con la excepción de algunos Estados africanos o asiáticos—: los grandes dictadores de Latinoamérica. Si la situación en la URSS, que ataca preferentemente Carter hasta el punto de poner en riesgo la estabilidad política mundial, es odiosa y apesada, no lo es en ningún modo tan trágica y sangrienta como la de algunos de los países americanos, cuyos Jefes de Estado o de Gobierno han estado con Carter y han estrechado su mano.

Aparte de esta contradicción de base, hay dos elementos que contribuyen a hacer prácticamente aberrante esta situación que se ha preparado y producido minuciosamente para el acto de la firma del nuevo tratado del canal de Panamá —el 7 de septiembre, en Washington—: el encubrimiento de Carter y sus consejeros y ayudantes, que dicen que han aprovechado la ocasión para insistir una vez más en los derechos humanos, y el de los dictadores que aceptan nuevas formas verbales para ponerse al paso teórico de Carter en la cuestión de los derechos humanos, sin ceder en sus principios.

El Presidente Carter ha maniobrado de forma que pareciera disgustado con sus invitados tiránicos, pero con sumo cuidado, ya que, según un portavoz de la Casa Blanca, no podía ser "abiertamente desagradable" con sus invitados, y que tendría un comportamiento similar al señor Brejnev visitase Washington. Homologación imposible. Los hechos en la URSS son absolutamente distintos a como son en Uruguay, en la Argentina o en Chile; y los Estados Unidos no tienen sobre la URSS la influencia directa que tienen sobre estos feudales, cuyos regímenes se han creado principalmente en Washington y están mantenidos por Washington. Carter ha evolucionado físicamente para evitar tener que dar la mano a Pinochet —lo cual hubiera sido un magnífico momento para los fotógrafos—, pero no ha podido hacer lo mismo con otros. Ha explicado también por sí mismo y por sus portavoces que el tema esencial de sus conversaciones bilaterales ha sido el de los derechos humanos. "Estamos haciendo todo lo que podemos", ha dicho un funcionario del Departamento de Estado, hablando de su política a favor de los derechos humanos en Latinoamérica. Pero todo el mun-



Carter y Omar Torrijos firman el nuevo tratado.

El "show" de Carter

LATINOAMERICA Y LOS DERECHOS HUMANOS

do cree que los Estados Unidos pueden hacer mucho más. Sin necesidad de lo que hicieron cuando explicaban que defendían "el mundo libre" en Corea o en el Vietnam. No se trata de que envíen marines a Chile o a la Argentina, como lo hicieron en Santo Domingo cuando trataron de evitar que las hordas democráticas que apoyaban al Presidente Bosch a recuperar el poder triunfaran sobre los ángeles totalitarios que se oponían; ni que organice un nuevo desembarco a la manera del de la Bahía de los Cochinos. Pero lo que puede hacer los Estados Unidos es algo más de lo que su impotencia parece conseguir.

En cuanto a los dictadores, han aceptado algunas fórmulas verbales para quedarse dentro del nuevo estilo. Todo consiste en la utilización conveniente de la palabra "democracia". Videla de la Argentina, el país que, dando el mayor nivel del mundo en secuestros, asesinatos y desapariciones (aunque lo que inquieta primordialmente a las opiniones gubernamentales del mundo sea la situación en Alemania Federal), ha explicado que está preparando un proyecto democrático. De una "democracia fuerte y estable, con participación de los partidos políticos". O con los supervivientes de los partidos políticos: No ha fijado fecha para este acontecimiento. ¿Qué es un Gobierno democrático estable? Aquel —responde Videla— que evi-

ta las alternativas entre "Gobiernos débiles y Gobiernos militares". La definición de la democracia a la que aspira Pinochet es más concreta y más a su estilo: una "democracia autoritaria, protegida, integradora, tecnificada y de auténtica participación social". Piensa también en los partidos políticos, con la diferencia que no estima necesaria su participación en el poder, sino su utilización como canalizadores de las "corrientes de opinión". Luego, de regreso en Santiago, ha rechazado todo cambio y ha mantenido el estado de sitio.

Uno como otro, como los distintos dictadores que han acudido a Washington, están en este momento pasando un cierto purgatorio. Que habrá de conducirlos a un pequeño cielo democrático. La llamada a Washington, encubierta con la ceremonia de la firma del tratado con Panamá —y no era para ello necesaria su presencia—, añadida a algunas visitas de enviados especiales de Carter y a algunas modificaciones interiores —como la supuesta desaparición de la Dina, o Policía política secreta de Chile, en realidad sustituida por otro organismo—, indican que ya "van a ser buenos". Bastará con que liberen algunos prisioneros políticos, con que emitan algunos decretos de aspecto liberalizador, con que haya menos sangre en sus cárceles y en sus calles. Pero no hará falta, en absoluto, que

regresen a regímenes democráticos. Con que se llamen democráticos, aunque se apelliden "fuertes y estables", o "autoritarios, protegidos, etcétera", bastará. En realidad, la cuestión de los derechos del hombre es mucho más extensa. No basta con el derecho a no ser asesinado o encarcelado arbitrariamente: es preciso el reconocimiento de los derechos a gozar de un máximo de libertades, y el derecho a salarios justos, educación suficiente, igualdad de oportunidades y... ¿para qué enumerar lo que es suficientemente sabido?

¿Hay alguna esperanza de que toda la América Latina se reconvierta a la democracia que ha perdido velozmente en los últimos años? No parece que, por el momento, las bases para ese regreso puedan venir de los Estados Unidos. Y sería interesante saber qué harían los Estados Unidos en ocasión de que alguno de estos pueblos consiguiera por sí mismo desplazar a sus propios dictadores del poder y comenzar un nuevo camino democrático.

Algunos latinoamericanos han expresado sus esperanzas de que el "proceso español" pueda influir en el de sus propios Estados: es decir, el tránsito de una dictadura autocrática hacia formas más abiertas con aspecto y posibilidades democráticas. Para estos sectores, el discurso que ha pronunciado el Jefe del Estado español en Venezuela, dentro mismo del Congreso venezolano —y Venezuela es una de las escasas naciones del continente americano en que se mantienen aún algunas fórmulas de la democracia— se ha recibido como una ayuda. El contenido doctrinal del discurso se considera en esos círculos tan sedientos de algo como una propaganda de la democracia y de los derechos humanos que "constituyen la clave del arco indispensable para comprender los propósitos que animan a nuestro pueblo" y se basan en la creencia en la "dignidad de la persona humana y en sus necesidades y derechos de libertad, justicia y paz"; en la defensa del pluralismo como "garantía última de la convivencia democrática sobre la base del respeto a la ley, manifestación soberana del pueblo"; se podría creer desde esos círculos que España tendrá alguna manera de actuación positiva sobre el continente, cuando el Jefe del Estado español, al anunciar la política de España con Iberoamérica "dejará de ser declarativa y lírica" para ser más positiva, aplicará un "principio de no discriminación" dando la doctrina Estrada la interpretación más extensiva posible, sin faltar por ello a las exigencias lógicas y éticas vinculadas al respeto de los derechos humanos. ■